

BIBLIOTECA OROPESA, VII

Edición de veinte y nueve ejemplares.

Ejemplar núm. 28

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE M. MURILLO
ALCALÁ, 9, MADRID.

Cuarenta pesetas.

SERVIDO

V-C = 495-48

Espronceda

Canto á Teresa

V
Ca 495-48

25116

Espronceda

Canto á Teresa



A
SERRA
S



A Teresa⁽¹⁾

DESCANSA EN PAZ

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
 Como de Dios al fin obra maestra,
 Por todas partes de delicias lleno,
 De que Dios ama al hombre hermosa muestra:
 Salga la voz alegre de mi seno
 A celebrar esta vivienda nuestra;
 ¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!
 ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*María*, por DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.)

¿Por qué volveis á la memoria mia,
 Tristes recuerdos del placer perdido,
 A aumentar la ansiedad y la agonía
 De este desierto corazon herido?
 ¡Ay! que de aquellas horas de alegría,
 Le quedó al corazon solo un gemido,
 Y el llanto que al dolor los ojos niegan
 Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

(1) *El Diablo Mundo*, Poema de Don José de Espronceda. Madrid:
 I. Boix, 1841, págs. 99-114.

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,
Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmin y nieve pura
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces, cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros suave,
Orgullosa desplega su bandera,
Y al mar dejando que á sus pies alabe
Su triunfo en roncos cantos, va velera,
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba; el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella el amor, cual rica fuente
Que entre frescuras y arboledas mana,
Brotaba entonces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa, mi espíritu encendía,
Contino imaginando, en mi fé pura,
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando;

El valor y la fé del caballero,
Del trovador el harpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, dó sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay! arrancada de sus pátrios lares,
Jóven cautiva, al rayo de la luna,
Lamentando su ausencia y su fortuna;

El dulce anhelo del amor que aguarda,
Tal vez inquieto y con mortal recelo,
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La muger y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta
Mi alma alborotaban de continuo,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera, impetuoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma solo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo,
Que del barro al espíritu desprende:
Agreste, vago y solitario encanto,
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos, estático seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía;
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora;
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre las nubes se evapora;
Sobre las cumbres que florece el mayo,
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una muger! Deslízase en el cielo,
Allá en la noche desprendida estrella:
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y que su planta huella,
Y en la tarde la mar olas la ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Muger que amor en su ilusion figura,
Muger que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oidos;
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del placer cumplidos,
Que engalana la rica fantasía
Goces que avaro el corazon ansía:

¡Ay! aquella muger, tan solo aquella,
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa muger tan cándida y tan bella,
Es mentida ilusion de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su mágia y galanura,
Es espejo no mas de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sílides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Eden divinas,
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh muger! que en imagen ilusoria,
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusion primera...!

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mias,
¡Ah! ¿dónde estais que no correis á mares?
¿Por qué, por qué como en mejores dias,
No consolais vosotras mis pesares?
¡Oh! los que no sabeis las agonías
De un corazon, que penas á millares
¡Ay! desgarraron, y que ya no llora,
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh! ¡dichosos mil veces! sí, ¡dichosos
Los que podeis llorar! y ¡ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos,
Ahogar me siento en infernal tortura!
¡Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazón, gimiendo de amargura!...
También tu corazón, hecho pavesa,
¡Ay! llegó á no llorar, ¡pobre Teresa!

¿Quién pensára jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensára jamás llegase un día,
En que perdido el celestial encanto,
Y caida la venda de los ojos,
Cuánto diera placer causára enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de mayo serenas alboradas;
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves ¡ay! como despues lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que asi las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mí amor, yo en tu hermosura:
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrian.

Y llegaron en fin: ¡oh! ¿quién impío
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino rio,
Manantial de purísima limpieza;
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y malezas,
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulgoroso,
Rayos al mundo tu esplendor vertía,
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la muger ángel caído,
O muger nada mas y lodo inmundo,
Hermoso ser para llorar nacido,
O vivir como autómata en el mundo.
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abraçára con fuego del profundo
La primera muger, y ¡ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana;
Mas ¡ay! huid: el corazón ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día,
En que, enredado en retorcidos lazos
El corazon, con bárbara porfia
Lucheis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusion pasaron,
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afan tanto y tan soñada gloria,
Solo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡al recordarte siento
Un pesar tan intenso...! Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mio:
Pára allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazon punzante frio,
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallaste en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino,
Cuando llegabas, mísera, á perderte
Y era llorar tu único destino:
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino...!
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,
Árido el corazon sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los Aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazon secaron las pasiones;
Tus hijos ¡ay! de tí se avergonzáran,
Y hasta el nombre de madre te negáran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido,
Unico desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido:
¿Quién, quién pudiera, en infortunio tanto,
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? ¡Solo la muerte!

¡Y tan jóven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta;
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que solo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazon; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero:
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
Abre su caliz al naciente dia,
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía;
Yo inocente tambien: ¡oh! ¡cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor, con cuanto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado,
Levantar para tí soñé yo un trono:
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo sin horas y medida
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Aridos ni una lágrima brotaban,
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices cambiaban,
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusion te abandonaban,
Y consumia lenta calentura
Tu corazon al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento;
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento,
A otra muger tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra muger llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de tí gritándote severa;
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste,
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,
Morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano, con los ojos fijos,
Y estendiendo tus brazos á tus hijos!!

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!... ¡Ay! yo entretanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gozemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estacion florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo.....
Que haya un cadáver mas ¿qué importa al mundo?



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
PUBLICADA POR DOS HISPANISTAS,
EN MADRID
EN CASA DE FORTANET,
EL XII DE SEPTIEMBRE DEL AÑO MCMIX.



